

El Asalto

Hasta ese momento de su vida, Álvaro nunca había visto unos ojos tan rotundamente grandes y pestañosos. La vaca les miró fijamente, desde su enormidad marrón con mancha blanca en la frente, llenando el angosto y pedregoso camino por donde tenían que subir al refugio.

Álvaro y su hermana pequeña cerraron filas apretándose tras su padre que, al grito de ieeeeeeepa, estilo vaquero profesional, y agitando una larga vara de avellano recién desbastada, intentó alejar al grupo de vacas que les cerraban el paso.

Su padre se había empeñado esa mañana en arrastrarles por un estrecho paso durante tres horas para contemplar, entre llovizna, cacahuets y galletas de chocolate, el montañoso paisaje recorrido hasta el refugio de Andara. Tras numerosos ieeeeepas, las vacas se salieron del camino. ¿Todas? Todas menos una, que parecía una escultura conmemorativa a la ganadería del lugar y de la que Álvaro, niño mimado por el asfalto y la contaminación, sospechaba intenciones aviesas. Pero finalmente la vaca se marchó, se recolocaron las capuchas y consiguieron llegar, exhaustos pero victoriosos, a descansar a una pequeña cabaña construída sobre un muro de roca, algo que algún optimista había bautizado como refugio de montaña.

Álvaro, con barbita de dos días y barriguita cervecera, contaba esta historia por millonésima vez a sus amigos cuando Fernando espetó la pregunta de siempre:

–Eso fue en Asturias, ¿verdad?

–Exacto, subiendo la carretera desde Sotres a Tielmes, dejas el coche en la explanada del Lobo y de allí sale la senda– respondió Álvaro, también como siempre.

–Pues este puente nos vamos para allá, ¿te vienes y nos dices dónde fue aquel famoso encuentro con tus vacas?

Entre risas, el grupo de veinteañeros siguió recordando las anécdotas que Álvaro repetía en cuanto se tomaba unas cervezas: el ataque de la banda de sanguijuelas, la batalla contra las abejas suicidas, el akelarre de babosas Pero esta vez Álvaro se mantuvo callado, la piel de su rostro progresivamente iluminada con todos los matices del arco iris mientras parecía leer intensamente el fondo de su vaso.

–Entonces, ¿no te animas?

Fernando palmeó la espalda de Álvaro, que mudo el semblante recién afeitado, contemplaba como sus amigos organizaban las mochilas en el coche. Extrañamente serio respondió:

–Estáis mal de la chaveta, han dicho que va a hacer mal tiempo y no podréis ni salir del albergue, a quién se le ocurre en esta época del año. Yo estoy medio resfriado y no tan loco.

–Culpa tuya es, siempre hablándonos de aquellos parajes indómitos– bromeó Luisa– ¿En serio estás bien?

Ya en el coche, a Luisa le pareció que Álvaro quería contarle algo tras la ventanilla, que maquinaba quizá alguna de sus advertencias jocosas, pero sólo soltó un maternal «Cuidaos mucho» que, a pesar del tono, prefirieron tomar a broma.

–Cuando se pone enfermo, qué aprensivo es éste chico, ni que nos fuésemos a la guerra– comentó Luisa arrancando el coche.

Álvaro miró cómo desaparecían por la esquina. Le pareció funesta la coincidencia de los últimos pitidos del claxon con las campanadas de una iglesia cercana.

Asomado a la ventana de su casa, Álvaro se recordaba a sí mismo mirando tembloroso por la ventana del refugio y entonces, empezó a recordar lo que pasaría. La historia nunca contada.

Sus amigos dejarían el coche en la explanada y encontrarían, escondida a la derecha (el camino de la izquierda obviamente bajaba al río), la senda hacia el refugio. Chispearía, como siempre chispea eterna y suavemente allí, e iniciarían la subida, vagamente emocionados y comentando la maravilla del paisaje. Pasarían un par de horas, con descansos disimulados de los chicos para hacer fotos y descarados de las chicas para tontear con los aperitivos y los simulacros de torceduras de tobillo, tantas piedras, tantas piedras. Las nubes empezarían a cerrarse, como siempre se cierran allí en lo alto, proporcionando un techo grisáceo para la niebla lechosa, que llegaría al mismo tiempo que el recodo. Y tras el recodo, respirando con dificultad debido a la altura, las verían. Allí plantadas frente a ellos, ocupando el camino, mirándoles fijamente. A la derecha, el muro de la montaña, a la izquierda, un cortado por el que, increíblemente, subían más vacas. Un ejército de vacas de todos los colores, con las ubres a punto de explotar y sus cuernos puestos, enormes y amenazantes. No habría marcha atrás, vacas, ni marcha adelante, vacas. No funcionarían los ieeeeepas, ni los golpes de vara, ni los gritos, ni las amenazas, ni los lanzamientos de piedras. Sería un asalto limpio, como siempre. Cuando entendieran que sólo dejando una rehén, los demás saldrían de allí, la llegada de la noche y la altura ya los tendría medio locos.

Álvaro besa la foto de su hermana, y entre lágrimas escucha en el refugio las ominosas palabras de su padre: «Ni se te ocurra contarle jamás, porque nadie te creerá».

